

—¡Sí; el caso es tan extraño!..... ¡Vuestro correspondal ignora seguramente que sois el propio subsecretario de Gobernación!..... Á menos que en vez de ignorante sea un insolente de primera marca.

—¡Si lo creyese así!—exclamó Warcolier furioso.—No, no; la verdad es—añadió con una candidez pasmosa—que hay una porción de gentes que piden para sí todo aquello que no merecen!..... ¡Descontentos!..... ¡quisiera saber por qué están descontentos!..... ¿Qué ilusiones se hacen? ¿qué quieren? Desde que soy subsecretario me pregunto esto muchas veces. Sí, señor; ¿qué quieren? ¿Acaso el Ministerio actual no llena cumplidamente las aspiraciones de la mayoría?..... Lo mismo que esos dichosos periodistas con sus artículos furibundos..... no hacen más que chillar..... ¡Las cosas que se publican ahora son repugnantes! ¡Nosotros hemos reclamado la libertad, sí, señor, pero no la licencia!

Y en tanto que Warcolier, lleno de cólera, con la cabeza erguida, con el gesto de un tribuno, hablaba como si estuviese pronúnciando un discurso delante de mil personas, Sulpicio Vaudrey, sin escucharlo, recordaba el rostro pálido, triste, sombrío, enfermizo, y la tos y la voz enronquecida

y las orejas transparentes del pobre Garnier, á quien había encontrado en casa de Ramel. Aquel espectáculo de los dolientes era la antítesis completa de este majadero plenamente satisfecho de sí mismo.

Sentía impaciencia por ver á Adriana, y sobre todo á Mariana. ¿Qué le diría su querida cuando supiese su elevación á la Presidencia del Consejo de Ministros?

Adriana había recibido la noticia con bastante frialdad.

—¡Si tú te alegras!.....—había dicho dando un suspiro.

Fué la misma frase que pronunció cuando su marido, satisfecho y loco de alegría al verse Ministro, fué á su casa á decirle: «Soy Ministro de la Gobernación.»

Adriana era impasible.

Sulpicio empezaba á encontrarla en verdad demasiado indiferente por las cosas de su vida. Las dulces alegrías del hogar, que por cierto tampoco gozaban ahora, no debían ser causa bastante para que la mujer no disfrutase ni se alegrara de los triunfos políticos de su marido. Instintivamente, al comparar aquella joven rubia, delicada, resignada y siempre pensativa, con Mariana, la de ar-



dientes pasiones, aquella á quien él amaba cada día más, Vaudrey llegaba á decirse que un hombre de su posición, de sus ambiciones, de su valer, hubiese valido doble teniendo á su lado una mujer tan entusiasta, tan animosa, tan inteligente como la señorita de Kayser.

Aun veía con los ojos de la imaginación la sonrisa de indefinible superioridad con la cual había visto una noche en el teatro que su querida contemplaba á su mujer. Al día siguiente, Mariana con gracia exquisita le había dicho:

—¿Sabes, querido Vaudrey, que tu mujer es encantadora?

Él se puso colorado al oír estas palabras disparadas á quemarropa, y luego sintió que sus mejillas se ponían pálidas. Era aquella la primera vez que la señorita de Kayser pronunciaba el nombre de Adriana.

—¡Veo que te gustan las rubias!— dijo luego Mariana.—Y casi me dan ganas de tener celos.

—Sí—continuó con cierto tonillo de pérfida protección la querida del Ministro—es encantadora..... Un poquito lugareña..... pero muy guapa. ¡Muy bonita!

Ella, que conocía á Vaudrey, no ignoraba que aquello era tanto como clavarle la afilada hoja de

un puñal en mitad del corazón. ¡Un poquito *lugareña!* Esa palabra, lanzada entre sonrisas por una parisiense, perseguía á Sulpicio, que se sentía irritado contra sí mismo y buscaba en su mujer, en aquella criatura á quien tanto había amado, á quien tanto amaba todavía, razones ó pretextos siquiera para explicarse y excusar á sus propios ojos su amor ilegítimo y su adulterio.

—¡Bah!—pensaba.—¿Acaso esto es un adulterio? ¡No hay adulterio más que en la mujer! El adulterio del marido se llama capricho, aventura, necesidad ó demencia de los sentidos. La mujer únicamente puede ser adúltera.

¿Cometía alguna falta? ¿Amaba menos á su Adriana? Hubiera dado su vida por ella. La colmaba de regalos, inventaba sorpresas que la encontraban siempre indiferente y le hacían decir sencillamente:

—¡Qué bueno es mi marido!

No la arruinaba á ella, ni tenía hijos. ¡Ah! ¡si tuviese hijos! ¿Por qué no tenía hijos Adriana? Una esposa debe ser madre. La maternidad es la que, en el matrimonio, legitima el abandono que el hombre hace de su libertad y la mujer de su pudor.

¡Madre! ¿Acaso Mariana era madre?

No; pero Mariana era Mariana. Mariana no ha-



bía nacido para el hogar ni para sentarse junto á una cuna. Sus caderas de estatua insolentemente hermosa, no querían más que las contorsiones del placer y no el desgarramiento de la maternidad. Adriana, por el contrario, era la esposa, y la esposa sin hijos tomaba muy pronto otro nombre: ¡la amiga! No, no le quitaba nada á Adriana, nada de su cariño ni de su fortuna. El dinero gastado en la calle de Prony lo ganaba Vaudrey; y si acaso, era sacado de las economías que allá en sus tiempos habían hecho los buenos de sus padres en San Lorenzo del Puente.

Adriana no tenía un deseo que no fuera en seguida satisfecho, y estaba tan confiada, que Sulpicio no tenía para qué sentir remordimientos. No se preguntaba si su pasión por Mariana debía durar.

Lanzábase á ese amor como sobre una presa; ya no era sólo el deseo lo que lo sujetaba al lado de aquella mujer, era la admiración que sentía por los atrevimientos de su espíritu, por la originalidad de sus juicios, por sus palabras apasionadas; aquella sal y pimienta que llevaba en todo su ser y que había sabido volver el juicio de Vaudrey.

¡Qué consejera y qué aliada podía ser una mujer como ella!

Cuando Vaudrey le anunció que iba á ser pri-

mer Ministro, jefe del Gobierno, y mostrar de una vez sus aptitudes—ésta era su frase favorita—Mariana comprendió en seguida la posición nueva, el engrandecimiento de influencia que aquello iba á proporcionarle.

Sulpicio vió con placer que por los ojos de su querida cruzó algo así como una llamarada de entusiasmo.

Y es que sin duda pensaba que había llegado el momento de aprovechar la ocasión.

—¿Y es oficial la noticia?—preguntó.

—Todavía no; pero es exactísima.

¿Qué podía esperar Mariana? Aun no tenía plan determinado ni objetivo fijo; pero acechaba la ocasión, y puesto que el poder de Vaudrey iba en aumento, lo aprovecharía á la primera oportunidad. Clara Dujarrier, que le había prestado ya buenos servicios, podría servirle de mucho dándole un buen consejo. Ya vería.

—¿Tienes curiosidad por ver el entierro de Collard?—preguntó Vaudrey á Mariana.

Ella se echó á reír.

—¡Lo mismo me da!

—Será muy hermoso. Asistirán todas las autoridades, los magistrados, el Instituto y la guarnición de París en masa.



—¿De modo que te gusta ver desfilar soldados? Yo no tengo esa curiosidad. Ya me lo contarás todo, y eso me basta.

Vaudrey presidía el fastuoso cortejo que conducía, á través de la plaza Vendome y de la calle de la Paz, llenas de un gentío inmenso, los restos mortales de Collard, llevados á la iglesia de la Magdalena. Tropas de infantería de toda gala formaban en la carrera. De cuando en cuando oíase el triste redoblar de los tambores, cubiertos con crespones negros. El carro mortuario era inmenso y estaba literalmente cubierto de coronas.

Mientras seguía con la cabeza baja el cadáver de su colega, casi de su amigo—¡poco valen, al fin y al cabo, amistades políticas!—Sulpicio era bastante artista para que le llamase un poco la atención el contraste de toda aquella pompa oficial, coronando la vida bastante obscura y modesta de un abogado de provincia.

Sin poderlo remediar tenía siempre delante de sí el rostro flaco y amarillento de Garnier y el bigote blanco de Ramel. ¿Cuál de los dos había servido mejor su causa: Ramel vencido, ó Collard muriendo á la hora del apogeo de su triunfo?

Pensó en ello durante toda la ceremonia. Pensaba sobre ello mientras los órganos de la suntuo-

sa iglesia tocaban, mientras las siniestras llamadas de los blandones vacilaban sobre los inmensos candelabros del catafalco, y mientras de cuando en cuando resonaban en las losas del templo las culatas de los fusiles de los soldados que rodeaban al túmulo y que obedecían las voces de mando de un oficial.

Al salir de la iglesia, Granet, acariciando sus retorcidos bigotes, se acercó á Sulpicio y le dijo con cierta ironía:

—¿Sabéis que se piensa en levantar una estatua á Collard?

—¿De veras?

—Sí, porque ha dado un rarísimo ejemplo.

—¿Cuál?

—Es uno de los pocos Ministros que han muerto en el poder..... Imitadlo, mi querido Ministro..... lo más tarde posible, por supuesto.

Sulpicio quiso sonreír al oír la broma de Granet. Aquel burlón le desagradaba decididamente, pero no podía enfadarse, porque eran chanzas de buen género y admitidas en sociedad.

Antes de volver al Ministerio, Vaudrey hizo que un coche lo llevara á la calle de Prony.

Juan, el criado le dijo que la señora no estaba, porque había tenido necesidad de ir á casa de su



tío. Después de todo, Sulpicio no encontró en ella nada de particular; pero deseaba ver á Mariana, y se dirigió al estudio del pintor. El tío Kayser le abrió la puerta, entusiasmado de ver al Ministro en su casa, pero al mismo tiempo algo inquieto y tosiendo fuerte, no sabemos si por efecto de la emoción ó con el deseo de avisar á alguien.

—¿Está la señorita de Kayser?—preguntó Sulpicio.

—¡Oh!..... ¡es extraño!..... Ha dado la casualidad de que un amigo nuestro..... un aficionado á cuadros.....

Vaudrey, que había empujado ya la puerta del estudio, vió á Mariana, y sentado junto á ella, con el sombrero en la mano, á un joven de tez pálida y barba rubia, que la señorita de Kayser, levantándose presurosa y sin mostrar la menor sorpresa, le presentó en seguida:

—¡El señor Duque de Rosas!

Y en el tono sencillo con que pronunció estas palabras, había puesto tal expresión de triunfo, tal alegría disimulada, que Vaudrey se sintió bruscamente herido en el corazón.

Recordaba todo lo que Mariana le había dicho de aquel hombre.

Saludó á Rosas cortésmente, pero con cierta

frialdad, y al oír cómo Mariana le hablaba delante del aristócrata español comprendió, que tenía interés en que no se conociesen sus relaciones. Llamábale á cada instante *señor Ministro*, y evitaba á todo trance que las miradas de Sulpicio encontrasen las suyas y que Vaudrey entablara una conversación seguida. Por el contrario, se dirigía complacientemente á Rosas, preguntándole sobre lo que había visto y había hecho en Londres y sobre los proyectos que traía cuando se había decidido á volver á París.

—Ninguno—contestó José con una expresión singular que desagradó á Vaudrey.—Me trae la persuasión de que decididamente no se puede vivir más que en París al lado de ciertos seres de quien procura uno en vano huir, y hacia los cuales vuelve uno siempre, indefectiblemente, y á pesar suyo, algunas veces.

Vaudrey observaba la expresión de triunfo y altivez que reflejaban los ojos de Mariana. Comprendió que en aquellas frases de Rosas había algo parecido á una declaración de amor, acaso porque, al hablar, la voz del español estaba un poco temblorosa.

Mariana escuchaba sonriendo.

—¿Habéis hecho otro viaje, Duque?—preguntó Sulpicio por decir algo.



—¡Oh! un paseo nada más; ¡una visita á Londres!.....

—¿Hace mucho que regresasteis?

—Esta mañana.

Y su primera visita había sido para casa de Simón Kayser, donde sin duda esperaba encontrar á Mariana. Y la prueba.....

Instintivamente Vaudrey se decía que Mariana se había precipitado para ir al estudio de su tío. Aquel hombre hacía la primera visita, no al estudio del pintor, sino en realidad á la mujer. — Sulpicio creía estar oyendo aún el relato que le había hecho Mariana diciéndole que se negó á ser su querida. En todo aquello había algo extraño. ¡Ah! ¡Quizás Rosas había enviado á buscar á Mariana!

Ella daba á entender que la casualidad los había reunido allí; pero Sulpicio, inquieto y colérico, lo dudaba mucho.

Casi sentía deseos de afirmar, siquiera fuese con una palabra, la toma de posesión, la conquista de una mujer, que sin duda Rosas pensaba disputarle.

Mariana, que todo lo adivinaba, interrumpió á Sulpicio antes de que hubiese podido hablar, y con una especie de respeto fingido, hablaba delante de Rosas de la amistad con que le hacía la honra de distinguirla el señor Ministro.

—Y á propósito, mi querido Ministro, ¿qué hay de vuestra designación para Presidente del Consejo?

Vaudrey frunció las cejas.

—¡Es verdad, caramba, perdonadme! Estoy descubriendo un secreto de Estado. Pero el señor de Rosas no abusará de nuestra confianza. ¿No es cierto, Duque?

Rosas hizo una inclinación de cabeza. Vaudrey comenzaba á estar impaciente.

—La señora de Vaudrey estará muy contenta con eso, ¿no es verdad, señor Ministro?

Y sonreía mirando á Sulpicio, asombrado de oír nombrar allí á su Adriana; luego, volviéndose á Rosas, hizo con mucho ingenio una pintura casi idílica del cariño que tenía el señor Ministro á su esposa. *¡El señor Ministro era tan amable! ¡De veras, no porque estuviese él delante, y la señora de Vaudrey tan guapa, tan encantadora!*

Sulpicio, nervioso, pálido, trataba de adivinar la clave del enigma, preguntándose qué pensaba Mariana, qué quería decir ó qué deseaba ocultar.

El señor de Rosas seguía inmóvil en su asiento, muy frío, con la vista fija en Mariana y sin hablar palabra.



Parecía esperar la ocasión de marcharse, y desde que Vaudrey entró en el estudio, sólo había dicho unas cuantas frases, cortas y correctas.

Mariana, sonriente, feliz, con un brillo extraordinario en la mirada, preguntaba á Vaudrey y procuraba dar á la entrevista de aquellos dos hombres todo el aspecto de una conversación agradable. ¿Había habido mucha gente en el entierro de Collard? ¿Quién había cantado en la iglesia?

Vaudrey contestaba rápidamente á esas preguntas, como hombre distraído ó que está pensando en otras cosas.

Al cabo de un momento el señor de Rosas se levantó, saludando á Mariana con la corrección de un cumplido caballero que era natural en él.

—¿Os váis ya, mi querido Duque?

—Sí. Ya os he visto; estáis buena y yo, satisfecho.

—Pero volveréis. Mi tío tiene algunos cuadros y bocetos nuevos que enseñaros.

—¡Oh! magníficas ideas—empezó á decir Kayser.—Bocetos que harían famosos frescos para un palacio..... ¡ó para el Panteón! ¡á elegir!

Y miró sucesivamente al Duque y á Vaudrey. Rosas saludó al Ministro y se retiró sin contes-

tar, seguido por Kayser y por Mariana, quien al llegar al umbral de la puerta le cogió la mano y estrechándosela nerviosamente, le dijo en voz baja y rápida:

—¡Volved, os lo ruego! ¡Ay! ¡qué malo fuisteis escapándoos! Pero volveréis, ¿no es verdad?

Suplicaba y mandaba al mismo tiempo. Rosas no contestó; mas en el apretón de su mano, que tenía estrechada, Mariana comprendió que lo volvería á ver. Y puesto que había vuelto á París, sólo porque no podía estar lejos de ella, puesto que volvía después de haber querido escapar á todo trance, claro está que esta vez lo tenía completamente cogido.

Todo esto fué dicho con una presión de dedos, con una mirada, con un ligero suspiro.

Rosas se alejó rápidamente, como loco.

Mariana hizo seña al tío Kayser para que se fuese, y entró sola en el estudio con la mayor frialdad.

Vaudrey se levantó y esperó de pie.

—¿No me habíais dicho que habíais despedido al Duque de Rosas?

—Sí; es verdad.

—Y sin embargo, bien le sonreíais aquí, ahora mismo.



—¿Y qué?

—Un hombre que os pidió que fueseis su querida.....

—Y al cual rechacé; sí.

Ella miraba á Sulpicio contrayendo sus preciosos labios rojos, que tantas veces había besado el Ministro.

—¿De modo que amáis á ese hombre?

—¿Yo? no por cierto. Pero me halaga verlo volver así, como un chiquillo castigado.

—No comprendo.....

—¡Caramba! eso no prueba sino que no sois mujer..... Es triste para nuestro amor propio ver que los hombres se resignan cuando les damos calabazas. Pues qué, ¿no han de sufrir nada? ¿Ni decir una palabra, ni quejarse? El señor de Rosas vuelve á mí, lo cual prueba que está herido y que yo estoy victoriosa. ¿Comprendéis ahora?

—¿Y..... esa alegría que yo observaba en vos hace un momento?

—Es porque el señor de Rosas está en París.

—¿Y no le amáis? ¿Y no le amas?—dijo Vaudrey, cogiendo las dos manos de Mariana entre las suyas.

Ella soltó una carcajada.

—No le amo, ni poco ni mucho.

—¿Y á mí?

—A tí, sí.

—Mira, Mariana, ¡sería una cosa horrible que me engañases! ¡Ojalá no me hubieras amado nunca, si has de dejar de amarme alguna vez!

—Ó de otra manera dicho—contestó ella:—no se debe prestar dinero, á no ser que dé uno toda su fortuna. ¿No es eso?

Sentíase Sulpicio descontento de aquella ironía de su querida, que le miraba con expresión extraña y, por lo mismo, embriagadora para él.

—¿Quieres que no hablemos más de eso?—dijo luego Mariana.—Te repito que me alegro de haber visto á Rosas, porque para mí se trata de un desquite de amor propio. Ahora, que vuelva ó no vuelva, me importa poco. Ha hecho confesión general, se ha dado por vencido, y eso era lo que me interesaba. Y tú, hijo mío, déjate de celos, porque el papel de Otelo me fastidia, ¡me aburre mucho!..... Tanto más, cuanto que no tendrías el derecho de tratarme como á Desdémona, porque el Código lo prohíbe.

—¿Vas á recordarme otra vez que soy casado? Hace un momento me mortificabas con alfilerazos.

—¿Hablando de tu mujer? Esas son puñaladas y no alfilerazos.



—¿Por qué nombrar á mi mujer delante de Rosas?

—Vamos, vamos — dijo Mariana; — ¡no comprendes una palabra de nada!..... ¡Si lo decía sólo por tí, por tí nada más, para explicar la presencia en casa de Mariana Kayser de un Ministro que tiene fama de puritano!..... ¿Querías que le dijese que abandonas á tu mujer y que eres mi querido? Tal vez hubieras preferido eso.

—¡Sí, tal vez!—contestó Vaudrey con tono apasionado.

—¡Vanidoso! — dijo la hermosa poniéndole en la boca una manita que él detuvo encima de sus labios. — ¿De modo que quisieras que contase en todas partes nuestros secretos y que hablara siempre de nuestra dicha?

—Quisiera—contestó él separando los labios de la suave palma de aquella mano — que todo el mundo supiese que eres mía..... mía sola..... mía..... ¿No es verdad, Mariana?..... ¿Ese hombre?.....

Sus ojos suplicaban.

Mariana se encogió de hombros.

—Deja en paz al señor de Rosas y vámonos á *nuestra casa* — dijo acariciándole con la vista.

—¿No le amas?

—No.

—¿Y á mí?

—Ya te lo he dicho.

—¿Me amas? ¿me amas?

—¡Te amo!..... ¡Ah! ¡qué poca gracia te haría si te lo dijese á gritos un día en los pasillos de la Cámara!

—Sí; pero lo preferiría á perderte y á saber que habías dejado de quererme.

—¡Y el caso es que dice la verdad este demonio de loco!—exclamó Mariana riendo.

—¡Ya lo creo; la verdad sincera, profunda!

La atrajo hacia sí en aquel sofá desde donde Simón Kayser pronunciaba sus ridículos discursos explicando sus paradojas, y rodeando su talle con los dos brazos, quiso hacerla inclinar la cabeza hacia sus labios, que estaban pidiendo un beso.

Mariana le cogió la cabeza con las dos manos, y contemplándolo con extraña sonrisa, le dijo con voz acariciadora y burlona:

—¡Pero si serás Sulpicio!

Y se echó sobre él amorosamente, riendo á carcajadas, en tanto que Vaudrey cubría su rostro de apasionados besos.